

Resumen

Este artículo estudia la importancia del enfoque geográfico dentro de los estudios del comportamiento electoral. Para ello se revisan los planteamientos de los tres enfoques más reconocidos como son: el politológico, el sociológico y el psicológico. Por medio de la revisión de estudios recientes de geografía electoral en México se propone la existencia del enfoque geográfico dentro de las perspectivas más importantes para responder a preguntas como: ¿Qué explica la participación o el abstencionismo electoral? ¿Por qué se regionaliza la votación de los partidos? ¿Cuál es la importancia del espacio en las decisiones electorales?

Palabras clave: Geografía, Elecciones, Sociedad, Comportamiento.

Abstract

This article studies the importance of the geographical approach among the studies of voting behavior. Therefore, in this paper, the three most well-known important approaches will be revised such as: politological, sociological, and psychological approach. Because of recent studies about geographical elections in Mexico it is proposed the existence of the geographical approach within the most important perspectives to answer questions like: What does the electoral participation or abstentionism explain? Why the parties' voting is regionalized? What is the importance of the election period about the election decisions?

Keywords: Geography, Elections, Society, Behavior.

EL ESPACIO GEOGRÁFICO EN LOS ENFOQUES EXPLICATIVOS DEL COMPORTAMIENTO ELECTORAL

Nombre: Guillermo Lizama Carrasco

Doctor en Geografía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Maestro en Sociología Política por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Profesor-Investigador en el área de ciencias políticas y administración pública del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Cuenta con el nivel de Candidato en el Sistema Nacional de Investigadores de CONACyT. Dirección postal: Carretera Pachuca-Actopan, Km. 4, Col. San Cayetano, C.P. 42084. Tel. (771) 71720000, ext. 5202. Dirección electrónica: guillermo.lizama@gmail.com

Introducción

Una de las tareas tanto de la geografía como de las ciencias sociales es proporcionar un conocimiento mayor y más exacto de las actividades y relaciones humanas. Para lograr ese avance cognitivo geógrafos y sociólogos estudian a la sociedad y al espacio como un objeto susceptible de variar en el tiempo. Con ello se reconoce que la geografía y, en particular, la geografía electoral se ubican en el campo epistemológico de los enfoques humanísticos que reconocen como objeto de estudio al espacio vivido y socialmente construido (Santos, 1986). Las diversas manifestaciones electorales ocurren en un espacio y tiempo histórico que permite descubrir los micro-fundamentos y mecanismos causales que explican a las elecciones como fenómenos complejos y multidimensionales. En este sentido, el espacio conecta analíticamente los hechos socioeconómicos con los electorales, en tanto éste se constituye como espacio humanizado, asumiendo que las experiencias históricas han definido al territorio y a quienes lo habitan. Una muestra de ello son las diferencias evidentes entre espacios geográficos urbanos y rurales o entre los niveles de desarrollo económico y su incidencia en los fenómenos políticos-electorales. De esta manera, las elecciones son un fenómeno específicamente social y como tal objeto de estudio propio de la geografía electoral.

Las elecciones y la participación en ellas, ha sido uno de los aspectos fundamentales en la formación de las modernas comunidades políticas, en donde la casilla de votación individual, cerrada y secreta representa la idea que todos los votos valen y cuentan lo mismo. Construcción simbólica de los intereses individuales que sólo reunidos, contados y registrados; componen un cuerpo de autoridad capaz de comisionar el ejercicio del poder y constituir la autoridad del Estado. Asimismo, los procesos electorales representan un elemento fundacional de los modernos sistemas políticos, al punto que las elecciones se consideran un indicador *sine qua non* de las sociedades democráticas. Esto llevó a que las elecciones fueran caracterizadas por el papel que cumplen en contextos democráticos (Schumpeter, 1983; Bobbio, 1989; Sartori, 2009). Así, las elecciones no sólo fueron definidas de forma procedimental en términos de Dahl (1993), cuyo valor último era la resolución pacífica de los conflictos, la elección de representantes y la inclusión igualitaria en el ejercicio del poder, sino que asumieron un carácter simbólico, en donde la participación democrática se

vinculó al desarrollo de las sociedades contemporáneas (Lipset, 1959). De la misma forma, se reconoce que detrás de las elecciones se encuentra un entramado complejo con sistemas jurídicos y políticos que interactúan para definir un marco de acción (legal) y una institucionalidad que reproduzca los valores democráticos (Lijphart, 2000). Debido a la importancia del estudio de los sistemas electorales para la democracia surgió el interés por investigar las preferencias políticas de los individuos y las comunidades. Lo anterior dio paso al desarrollo de diversos enfoques del comportamiento electoral, intentado responder, entre otras, a las siguientes preguntas: ¿Cómo votan los sujetos? y ¿Por qué lo hacen por uno u otro partido o candidato?

El desarrollo de la ciencia geográfica también ha intentado responder a estas preguntas, no tan sólo desde la práctica empírica, sino también desde los planteamiento epistemológicos que argumentan que el vínculo entre espacio, sociedad y elecciones es el eje para explicar el comportamiento de los votantes. Ello ha despertado una creciente preocupación por el estudio de este problema a nivel espacial, en donde el territorio interviene como espacio humanizado con capacidad explicativa del comportamiento. Este ha sido el derrotero de la geografía electoral para constituirse como un enfoque de estudio específico.

El objetivo de este artículo es identificar el papel de la geografía como enfoque de análisis del comportamiento electoral, por lo que se propone como hipótesis la existencia de un cuarto enfoque (geográfico) que se debe sumar a los tres ya existentes (psicológico, sociológico, y politológico). Lo que permite reconocer por un lado, la importancia del espacio como variable explicativa de los hechos electorales y por otro lado, la larga trayectoria y actual vigencia de la geografía electoral en México.

A nivel metodológico, en primer lugar, se realiza una revisión de la literatura y los enfoques más aceptados para acercarse al comportamiento electoral; en segundo lugar, se exponen los principales autores que han sustentado a la geografía electoral y la han situado como un enfoque -con propuestas y metodologías específicas- para atender desde una perspectiva espacial a las elecciones como objeto de estudio.

En la primera parte del artículo se analiza la relación entre espacio, sociedad y elecciones como un argumento que tempranamente definió a la geografía electoral, en la segunda parte se presentan los tres principales y más referidos enfoques de estudio de las preferencias políticas; y finalmente,

se exponen los argumentos para ubicar al enfoque geográfico dentro de los otros marcos que analizan el comportamiento electoral.

2. La geografía electoral: espacio, sociedad y elecciones

La geografía, como ciencia del espacio, ha propuesto un modelo de análisis de la complejidad social y territorial (Santos, 1986). Sin embargo, la concepción de espacio geográfico ha estado en permanente cuestionamiento y reelaboración, el único aspecto que ha generado consenso y unidad en esta disciplina es que es imposible comprender a la realidad física y social sin considerar su dimensión espacial.

La modernidad, en su intento por racionalizar el espacio geográfico, presentó a este último como inmóvil, estático y fijo, desconociendo sus aportaciones a la teoría social y política. Sin embargo desde los años ochenta evidenciamos un cambio en las concepciones del espacio, cuestión que reintrodujo a la geografía en el debate de las ciencias sociales, muestra de ello es la aceptada definición de espacio realizada por Milton Santos (1986):

Consideramos el espacio como una instancia de la sociedad, al mismo nivel que la instancia económica y la instancia cultural-ideológica. Esto significa que, en tanto que instancia, el espacio *contiene* y está *contenido* por las demás instancias, del mismo modo que cada una de ellas lo contiene y es por ellas contenida. La economía *está* en el espacio, así como el espacio *está* en la economía. Lo mismo ocurre con lo político-institucional y con lo cultural ideológico. Eso quiere decir que la esencia del espacio es social. En ese caso, el espacio no puede estar formado únicamente por las cosas, los objetos geográficos, naturales o artificiales, cuyo conjunto nos ofrece la naturaleza. El espacio es todo eso más la sociedad: cada fracción de la naturaleza abraza una fracción de la sociedad actual. (Santos, 1986: s/n).

Esta definición permite articular, de mejor forma, una idea de geografía electoral que asuma que en el origen de los hechos electorales se encuentra una *espacialidad* que interviene como mecanismo explicativo. Cuestión que refuerza la coherencia interna y los aportes teóricos de la geografía en los estudios electorales. Tanto así, que en este artículo consideramos que se debe incluir a la geografía electoral como un enfoque específico que estudia el comportamiento electoral.

La preocupación por la relación entre espacio, sociedad y elecciones ha constituido la larga trayectoria de la geografía electoral¹. La cual es posible ubicar como “estudio de frontera” en donde convergen diversos enfoques teórico-metodológicos; entrelazando objetos de estudio provenientes de diversas áreas del conocimiento humano². Este aspecto está en los orígenes de la geografía electoral, la cual desde principios del siglo XX generó un profundo diálogo y cooperación entre la geografía, la sociología y posteriormente las ciencias políticas. Muestra de ello son los trabajos de Siegfried (1913) y Goguel (1953), quienes a partir de la localización geográfica de la votación, determinan la estrecha relación entre el partido comunista y las regiones mineras; inaugurando así la llamada escuela francesa de geografía electoral. Entre sus principales aportes destaca la relación teórico-metodológica entre espacio y sociedad para explicar las preferencias electorales. Sin embargo la influencia de esta escuela fue más provechosa en el ámbito de la sociología y de la naciente ciencia política que en la misma geografía.

La geografía electoral tempranamente desarrolló tres vertientes de trabajo: la primera utilizó el espacio como variable de control de las preferencias de grupos sociales localizados geográficamente. La segunda vertiente se ocupó de crear el territorio electoral diseñando distritos y circunscripciones según el interés de grupos y partidos (Gerrymandering)³. Actualmente se desarrolla una tercera vertiente de la geografía relacionada con la organización e implementación de las jornadas electorales a través de la

- 1 Una definición aceptada por convención acerca de la Geografía Electoral es la proporcionada por el Diccionario Electoral del Instituto Interamericano de Derechos Humanos, que señala: “clásicamente la disciplina geográfica comprende dos grandes segmentos cognitivos: el físico o natural y el humano o social. Es en los márgenes de la geografía humana donde surgen conocimientos relativos a la organización política del territorio, el análisis del Estado como unidad política, la estructura administrativa del territorio y su evolución en el tiempo, formando este conjunto de aspectos la denominada geografía política que estudia por tanto la relación entre los hechos espaciales y los procesos políticos, y es en el marco de su competencia que puede injertarse la *Geografía Electoral* (G.E.) que estudia las relaciones que guardan en el espacio los resultados de las conductas de la sociedad sujeta a una misma norma jurídica”. (http://www.iidh.ed.cr/comunidades/redelectoral/docs/red_diccionario/geografia%20electoral.htm)
- 2 Esta intención ha estado tempranamente presente en la geografía desde el famoso mapa de Snow que en 1854 explicó los contagios de cólera a partir de la distribución espacial de fuentes de agua bebestible contaminadas. Desde entonces, la geografía ha intentado generar explicaciones de la relación entre el espacio y la sociedad, tratando de sacudirse la idea de una geografía como ciencia auxiliar reconocida por su valor descriptivo.
- 3 En los últimos años las democracias han rediseñado los distritos electorales. Esta reorganización del espacio geográfico electoral se realizó con la intención de favorecer a grupos sociales, étnicos o políticos, es el caso de los distritos de usos y costumbres implementados en México tras las reformas al COFIPE en 1998.

instalación de casillas y aspectos referentes a la organización del proceso. Lo anterior muestra, que la geografía electoral es una disciplina contingente y sus transformaciones dependen de los cambios en la realidad social y política. De esta manera, siguiendo a Harvey (2007), la geografía ha sido el telón de fondo de las cambiantes necesidades sociales y políticas, siendo en este punto en donde se visualizan sus aportes epistemológicos en los estudios electorales.

Los estudios electorales han respondido, desde finales del siglo XIX, a una tradición sociológica y geográfica, apareciendo como explicación de los cambios políticos y territoriales provocados por la inclusión de nuevos actores en la arena político-electoral, particularmente por la aparición del sufragio universal efectivo en las primeras décadas del siglo XX (Nohlen, 1995). Cuestión que alteró las correlaciones de fuerzas políticas, la disposición de los partidos, el diseño institucional y el territorio electoral. De esta manera, los cambios en los procesos de participación y representación transformaron la noción de democracia, modificaron el campo político y plantearon nuevos problemas como: la inclusión o exclusión de nuevos actores y la definición del *espacio de las elecciones*⁴. Un ejemplo de este debate en la geografía electoral es el Gerrymandering que muestra la presencia de relaciones ideológicas y de poder en la construcción del espacio electoral (distritos y circunscripciones), que buscaban el equilibrio o el posicionamiento de ciertas fuerzas políticas. En esta razón descansa la centralidad de la geografía en los estudios electorales y es pertinente su nombre de “geografía del poder”, ya que en términos instrumentales el espacio definió los resultados de la relación pueblo-soberano (representación), cuestión constitutiva de las democracias modernas entendida en términos históricos como “poder del pueblo” (Rossanvallon, 2004).

Históricamente las elecciones han representado y consagrado un proceso de racionalización de la política y lo político. En este sentido, la instrumentalización de la democracia —más allá de proteger a los hombres de su propio poder destructivo— ha generado la posibilidad de construir un mecanismo de representación “moderno” (racional-científico), con principios de validez inherentes a su naturaleza. Los votos se cuentan y valen lo mismo —la idea de igualdad descansa en el peso equitativo de los sufragios—. De forma que las elecciones, tal y como las conocemos, son

4 Desde sus inicios las democracias modernas organizaron las elecciones a partir de un componente geográfico. Se construyeron distritos, circunscripciones como forma racional y científica de redefinir el espacio geográfico de las elecciones.

esencialmente “modernas”, en donde el voto de un indígena o campesino “cuenta” lo mismo que el del dueño de una hacienda. En este sentido, la geografía electoral ha jugado un papel preponderante en 1) definir la territorialidad del poder, 2) asegurar la igualdad de los votos entre diversas unidades geográficas (distritos) y 3) definir la equitativa distribución del poder (transformación de votos en escaños). Lo anterior nos lleva a plantear que el espacio geográfico es un elemento constitutivo de las democracias modernas y por ende, factor explicativo del comportamiento electoral. De esta manera, consideramos que la geografía electoral debe sumarse a los tres enfoques más reconocidos que abordan la pregunta: ¿Cómo votan los sujetos y comunidades?

2. Enfoques y marcos teóricos del comportamiento electoral

A mediados del siglo XX la emergencia de nuevos partidos y la ampliación del sufragio modificaron la geografía electoral en occidente, surgió entonces, la necesidad de explicar por qué los sujetos votan de tal o cual manera o deciden abstenerse en determinados espacios socio-territoriales. En este ámbito surgieron los tres enfoques más reconocidos para explicar el comportamiento electoral: (1) Sociológico, (2) Psicológico y (3) Politológico (racional-individualista) (Perschard, 2000). De estos enfoques, el politológico se ha consolidado como paradigma y razón científica en los estudios electorales. Asumiendo, como presupuesto ontológico que el individuo racional responde a la programación de una función de utilidad, en donde el comportamiento electoral es un epifenómeno de la estructura económica “ganancia” o de la estructura cognitiva “interés” (Downs, 1973). Esto lleva a suponer que el individuo es estático y aislado, sin más conexión con la realidad y el territorio que sus propias condiciones ontológicas construidas fuera de la sociedad. Lo anterior provocó un “giro epistemológico” que abandonó a la sociedad y al espacio geográfico como lugar de observación y factor explicativo de las elecciones. En este contexto, la geografía vio subvalorada su capacidad explicativa y quedó relegada como técnica para describir las preferencias políticas. Muestra de ello son los escasos estudios de geografía electoral que se han realizado desde la década de los noventas. Sin embargo, paulatinamente los planteamientos de la geografía —a partir de nuevas metodologías como el análisis geoespacial— están enriqueciendo los estudios electorales; de tal forma que actualmente constituye un enfoque específico para abordar

el comportamiento electoral.

Los estudios del comportamiento electoral tienen como interés principal conocer los motivos por los cuales los sujetos votan o no y/o deciden hacerlo por uno u otro candidato o partido. Ante estas problemáticas, las respuestas son diversas, destacando tres enfoques centrales: 1) *Sociológico*, ligado a la sociología electoral francesa y norteamericana, principalmente a partir de la teoría de la modernización, 2) *Psicológico* vinculado con la escuela de Michigan y la subjetivización, y 3) *Politológico* (racional-individualista) relacionado con la economía por medio de la teoría de la elección racional y la teoría de juegos; el origen de este planteamiento se encuentra en el individualismo metodológico estadounidense.

En México la aplicación de estos enfoques del comportamiento es reciente, lo que se debe a su historia electoral que hasta el año 2000, estaba marcada por una ausencia de alternancia en el poder, un débil pluralismo político y un partido predominante en el gobierno federal. Con anterioridad al cambio político la preocupación para buena parte de los investigadores no estaba centrada en el comportamiento electoral, sino en la naturaleza del sistema político mexicano (1960-1988) y en la transición a la democracia (1988-2000). Estos temas cambiaron en la medida que aumentó el pluralismo político, transformando las relaciones de poder y la geografía electoral de México.

Los estudios electorales, desde finales de la década de los noventas, se han centrado en la búsqueda de las principales variables que determinan la selección de las preferencias políticas, manejando una definición común que entiende al comportamiento electoral como:

La conducta que vincula a la población con el poder, es decir a la sociedad con el Estado y que se manifiesta a través del voto... El voto es el derecho político más extendido y equitativamente repartido, pues todos los ciudadanos lo poseen y éste tiene siempre el mismo peso (Perschard, 2000: 68).

En este ámbito la geografía electoral no se estableció como un enfoque autónomo y marco de análisis, a pesar de aportar en la constitución de los estudios políticos, sino más bien optó por sumarse a los enfoques existentes (sociológico, psicológico y politológico). Lo que relegó sus aportaciones teóricas y metodológicas en los estudios electorales.

a. Enfoque Sociológico

El enfoque sociológico sostiene que el votar es una conducta social, es decir, se explica desde las características sociales, demográficas y económicas de la sociedad. La geografía aportó como idea que, al igual que los votos, la estructura social de los grupos se distribuye y localiza geográficamente lo que facilita su estudio. Dicho enfoque supone que dadas ciertas estructuras y contextos los sujetos prefieren participar o no en una votación. Este enfoque se desarrolló principalmente en Estados Unidos y Francia, valiéndose fundamentalmente de datos agregados en escalas municipales y estatales. Las bases teóricas de este enfoque provienen de la Escuela Estructuralista de Columbia (Lipset, 1959) y de la Teoría de los Cleavages (Rokkan, 1970); ambas escuelas se han centrado en sujetos colectivos, señalando que la reproducción de las estructuras de la sociedad se traspassa a los votantes, lo que constituye una regularidad y un axioma que define el comportamiento electoral.

i. La Escuela de Columbia

La tradición más importante de los enfoques sociológicos se desarrolló en los años cuarenta en la Universidad de Columbia, la cual constituye uno de los principales esfuerzos de la sociología por explicar el comportamiento electoral en torno a las estructuras socioeconómicas de la sociedad. Los principales autores de este enfoque son Bernard Berelson, Paul Lazarsfeld y William McPhee (1954), quienes plantearon esta tesis en el estudio *Voting*. Tres años después, Lipset (1959), desde la teoría de la modernización, refuerza la propuesta del enfoque sociológico. El supuesto central de esta escuela sostiene que los sujetos asumen comportamientos electorales compartidos y homologables, en relación a su posición en la estructura social y a las condiciones socioeconómicas de su entorno. Esto se produce en tanto la modernización de las sociedades contemporáneas, trajo consigo fuertes procesos de diferenciación social. De esta manera, explican por ejemplo que el apoyo a los demócratas en Estados Unidos sea mayor entre trabajadores sindicalizados que entre los no organizados; o que el abstencionismo electoral aumente en comunidades rurales con mayor pobreza. Estas investigaciones con orientación sociológica y geográfica, señala López (2004), buscan calcular las tasas en que diferentes grupos sociales, económicos, religiosos o demográficos votan o no por un partido en particular. Así, el lugar que ocupa un individuo en la estructura es determinante en la conformación de sus preferencias electorales. El

énfasis de la escuela de Columbia se coloca en la “modernización de las sociedades”, pues las transformaciones que experimentan las estructuras sociales afectan las matrices valorativas de sus integrantes y por ende, repercuten en la conducta política y en el comportamiento electoral.

La Escuela de Columbia se centra en los procesos de socialización y en los intercambios de valores que explican la participación política⁵. En el marco de este enfoque se desarrollaron los supuestos teóricos de Seymour Martin Lipset, uno de los autores más relevantes en el desarrollo de la sociología política contemporánea y más influyente en la ciencia política. El trabajo más destacado de este autor es *El hombre político, las bases sociales de la política*, publicado por primera vez en 1959. En él, se plantea que la democracia y la política están estrechamente relacionadas con las condiciones sociales, dadas por el proceso de modernización e integración de las sociedades.

Una de las preocupaciones de Lipset (1959) es situar a las votaciones como mecanismo de consenso e integración social, esto representó un giro en los estudios electorales porque se pensaba que en las elecciones se jugaban únicamente procesos de división entre partidos y preferencias. Entender a las elecciones como mecanismo de consenso es posible debido a los elementos estructurales que aglutinan a los actores en el campo político-electoral, como son la religión, la ocupación, la región o la etnia; las cuales conforman las bases sociales de la lucha política.

La Escuela de Columbia encuentra, por medio de investigaciones empíricas de diversos países, una relación explicativa entre la condición social (clase social) y la preferencia electoral (comportamiento político). Destacan los casos de Francia, Italia e Inglaterra porque identifican con claridad que las bases de apoyo electoral de los partidos de izquierda, en especial de los comunistas, se encontraban entre los trabajadores de menores salarios, obreros industriales, obreros agrícolas y mineros. De esta forma, autores como Lipset (1959) consideran que la democracia es un sistema que funciona de acuerdo a los equilibrios entre las divisiones y los consensos, tanto de partidos políticos como de clases sociales.

En los años ochenta Lipset revisó las propuestas del *Hombre político* (1959) destacando que existió un descenso en la relación entre el voto y la clase, sobre todo en países industriales. Los cambios estructurales en las sociedades, a partir de las reformas neoliberales, han generado

5 Esta escuela valoriza fuertemente los componentes espaciales, sin embargo la geografía siempre fue utilizada por su capacidad descriptiva.

que se alteren dichas correlaciones conocidas hasta los años setenta. En este contexto el enfoque de la Escuela de Columbia ha perdido su fuerza explicativa en las sociedades post-industriales, sin embargo el vínculo entre voto y estructura social todavía persiste en sociedades con menores niveles de desarrollo y mayor diferenciación social como Latinoamérica. A nivel teórico, el enfoque sociológico se ha reformulado con los trabajos de Ludolfo Paramio (2000) que re-significa la relación voto-clase en la explicación del comportamiento electoral. A esto se le debe sumar, el auge que dentro de la misma escuela tuvo a principios de los años noventa el enfoque de los *Cleavages*.

ii. *Cleavages*: divisiones de la sociedad

Dentro de la tradición estructural y sociológica de la Escuela de Columbia se originó el enfoque de los *cleavages* sociales para explicar el comportamiento electoral. Este enfoque ha entregado vigencia a la sociología, ya que recupera la historicidad social y política en la generación de los *cleavages* que mueven la participación política.

La teoría de los *cleavages* supone la homologación de las divisiones y estructuras sociales con las opciones políticas y preferencias electorales. En esta perspectiva Rokkan (1970) plantea que los *cleavages* son puntos de inflexión histórica que dividen a la sociedad y sobre ellas se sostienen procesos de diferenciación que dan origen a nuevos partidos y nuevas preferencias que definen el comportamiento electoral. Al respecto Lipset y Rokkan (1992) señalan que “en las democracias occidentales raras veces se convoca a los votantes para que manifiesten su posición sobre temas sueltos” (Lipset y Rokkan, 1992: 233).

Esta visión se sostiene en un axioma binario: *cleavages-preferencia*, caracterizado por un sesgo que disminuye el campo de observación en pos de generar nudos para comprender a la sociedad. De esta forma, los *cleavages* tradicionales que han definido el comportamiento electoral en consonancia con las condiciones históricas han sido: a) Centro/Periferia, b) Estado/Iglesia, c) Urbano/Rural, d) Proletariado/Burguesía. En las últimas décadas han surgido nuevos *cleavages* como el ecológico, de opinión y de minorías étnicas. En el caso de las democracias post-autoritarias en Latinoamérica aparece el *cleavages autoritarismo-democracia* que en países como Chile han definido su reciente historia electoral. Para este enfoque el papel de los partidos políticos es fundamental en la generación

de los *cleavages*, ya que estos representan división y conflicto. Además, los partidos hacen visible en el campo político estas divisiones, ya que según Lipset y Rokkan (1992) estos tienen una función expresiva que construye un discurso encargado de transformar los contrastes de la estructura social y cultural en exigencias y presiones para la acción o la inacción política de la sociedad. De esta manera, el enfoque de los *cleavages* vincula la estructura social y los procesos de modernización con el comportamiento político-electoral de los sujetos y comunidades.

a. El Enfoque Psicológico: La Escuela de Michigan.

La Escuela de Michigan combina interdisciplinariamente la sociología y la psicología para analizar la participación política, sus principales autores son Campbell, Gurin y Miller (1954) quienes publicaron *The Voter Decides*. Además, destacan autores como Converse y Stokes quienes en conjunto con Campbell y Miller (1960) publicaron el célebre libro *The American Voter*, en donde plantean que el comportamiento electoral puede ser explicado a partir de la apreciación de los candidatos, la identidad con los partidos, la opinión acerca de la agenda y los temas de debate. Lo anterior visualizó la importancia de los elementos subjetivos y la identidad política en el análisis del comportamiento electoral.

La Escuela de Michigan considera teóricamente que el voto es un acto individual, cuya motivación es subjetiva y sus orientaciones personales (Sapiro, 2004; Ventura, 2007; Castillo, 2000). Este enfoque surge como respuesta al enfoque sociológico, anclado a las estructuras determinantes del “ser social” como categoría ontológica. Por otro lado, la Escuela de Michigan, a pesar de su orientación individualista del comportamiento electoral, establece una explicación relacional entre ámbitos de sociabilización, como la familia, las ideologías y los partidos. En donde estos últimos cumplen la función de acotar y simplificar las visiones del mundo con afán de influir en los individuos, generando un vínculo afectivo que no sólo fortalece la identidad partidaria, sino que se reproduce como comportamiento electoral y político.

El enfoque psicológico asume que el comportamiento electoral es una actitud psicológica y política estructurada en los mecanismos de reproducción de los valores que se generan en el proceso de sociabilización temprana al interior de la familia. La transmisión de este sentido primario de la política es ideológica y entre sus principales efectos está la generación de una

identidad grupal que se reproduce en la sociedad y define una identidad partidaria. El aporte fundamental del enfoque psicológico (Escuela de Michigan) en los estudios electorales se situó al identificar aspectos no explorados, como la transmisión de la identidad partidaria, la apreciación sobre los candidatos, la opinión acerca del conjunto del proceso electoral y la reproducción de los valores y la ideología en el campo electoral. Así también, este enfoque del comportamiento derivó en el estudio sistemático del papel de los medios de comunicación en la construcción de la opinión pública y de las preferencias electorales.

Dichas innovaciones centradas en el papel de la información en las actitudes políticas, permitieron incorporar nuevas dimensiones a los estudios del comportamiento electoral. Lo que abrió el campo de observación a la comunicación política, al marketing electoral y a los efectos de las campañas en los electores, como temas actuales del enfoque psicológico.

Tanto el enfoque sociológico de la Escuela de Columbia como el enfoque psicológico de la Escuela de Michigan tuvieron su máximo apogeo entre 1970 y 1990. Desde entonces, observamos un declive en la capacidad explicativa del voto a partir de la estructura de la sociedad, de las actitudes y de los valores de los sujetos. Lo anterior dio paso a un nuevo paradigma en los enfoques del comportamiento electoral: el politológico (individual-racionalista) que se construyó como razón instrumental anclada en la economía y las ciencias políticas. Para dicho enfoque el voto es un acto individual que se explica por una función de utilidad que opera cuando los individuos toman decisiones que requieren una inversión de diversos recursos.

a. Enfoque Politológico (individual-racionalista)

El desarrollo de la ciencia política, desde mediados de los años sesenta, y su particular interés por los estudios electorales la llevaron a diferenciarse de la sociología y la geografía electoral, al tiempo que se acercó a la economía, tanto en sus argumentos teóricos como metodológicos. Esto dio paso a que en el ámbito del estudio del comportamiento electoral se conformara el enfoque politológico.

El enfoque politológico consiste en explicar a partir de la racionalidad individual y de factores variables (económicos) el comportamiento electoral. Este marco de análisis se constituyó a nivel epistemológico en el individuo, separando estructura y agente; y asumiendo la existencia de

una ontología del sujeto (racionalidad). Su principal sustento se encuentra en el individualismo metodológico, la teoría de la elección racional y la teoría de juegos.

La matriz teórica del enfoque politológico, sustentando en la elección racional, tiene su razón argumentativa en los planteamientos de Anthony Downs (1973) en la ya célebre *Teoría económica de la democracia*. En donde plantea que la acción racional de los individuos es generada por una función de utilidad que busca maximizar los beneficios, minimizando los costos en la obtención de los objetivos (fines). De esta forma, según Rikker y Ordershook (1968), el campo de la política deviene en un mercado regido por la cantidad de bienes disponibles que los actores están dispuestos a intercambiar. Para el enfoque politológico las personas participan y deciden racionalmente de acuerdo con: 1) la posibilidad de que su opción sea la ganadora, 2) la percepción del sufragio como decisivo en el resultado de la elección y 3) los costos de votar sean menores a los beneficios. De lo contrario, los individuos decidirán abstenerse de participar.

El enfoque politológico (racional-individualista) sostiene que ontológicamente los individuos: 1) son capaces de tomar decisiones; 2) ordenan y clasifican sus opciones de acuerdo a sus preferencias; 3) este orden es transitivo; 4) siempre eligen la opción superior en el ordenamiento de sus preferencias; 5) toman las mismas decisiones si existen las mismas opciones y el contexto es similar. Al respecto Downs (2001: 97) sostiene que estas características en la ordenación de las preferencias electorales permiten argumentar que “*los ciudadanos votan de acuerdo con a) las variaciones que causen la actividad gubernamental en su utilidad o renta y b) las alternativas ofrecidas por la oposición*”. De esta manera, se asume como presupuesto ontológico que los ciudadanos votaran “racionalmente” por el futuro gobierno que les proporcione una mayor utilidad—castigando o premiando a la coalición en el gobierno (incumbent)— respecto a la inversión en tiempo y recursos que requiere la participación electoral. A partir de esta matriz cognitiva se han desarrollado nuevos estudios tendientes a aumentar la capacidad explicativa de este modelo teórico, incorporando nuevas variables, corrigiendo desviaciones y controlando el contexto (Fiorina, 1981).

Una de las proyecciones actuales del enfoque politológico fue el llamado *modelo de voto retrospectivo*. El cual considera que las decisiones de los electores están mediadas por la evaluación que realicen del gobierno y los beneficios individuales y generales que obtengan de la acción

gubernamental, en donde: 1) si el resultado de su balance es positivo votan por el gobierno; 2) si es negativo votan por el partido de oposición; y, 3) si es nulo se abstienen. Este modelo teórico fue replanteado por Fiorina (1981), quien introdujo en el modelo de voto retrospectivo, las variables de identificación partidista y disponibilidad de información. Este modelo, según Beltrán (2003: 325), asume que los individuos ordenan sus preferencias electorales de acuerdo a un conjunto de alternativas que son posibles de comparar y evaluar para conocer sus beneficios, y si estos son inmediatos o de largo plazo.

Una de las críticas al enfoque politológico es que este asume apriori la existencia de una racionalidad individual como episteme del comportamiento electoral. El problema de este enfoque es que asume una racionalidad individual desvinculada del contexto socioeconómico y cultural de las comunidades. De esta manera, la conducta racional se convierte en tautológica y unidimensional, lo cual define una ontología del sujeto que sesga su propio análisis. La debilidad de este enfoque es sostener que la realidad social es producto de una suma de individualidades y que la construcción de la sociedad es agregativa. Por el contrario, lo social es producto de un complejo entramado de relaciones humanas que se reproducen en el tiempo y en el espacio, definiendo históricamente a las comunidades y a los individuos. Otra crítica permanente al enfoque politológico (individual-racionalista) es que sólo es posible aproximarse a la realidad política desde apriorismos que configuran axiomas —votaré por quien me reporte más beneficios— los cuales encuentran validez en su propia naturaleza semántica y no reflejan una cambiante y compleja realidad social.

Actualmente, el enfoque politológico se impuso como paradigma y se situó como razón científica para estudiar el comportamiento electoral. Esto provocó un “giro epistemológico” que ubicó al individuo al centro de su análisis, abandonando a la sociedad y al espacio geográfico como lugar de observación y factor explicativo de las elecciones. Esto tuvo como consecuencia un desinterés por el trabajo ligado más a la subjetividad de las personas, los espacios de socialización, la trayectoria biográfica de los sujetos, la memoria histórica de las comunidades y las condiciones socioeconómicas del territorio. Esto último fue en desmedro del desarrollo de la geografía electoral como enfoque. De esta manera, la disciplina espacial se refugió como ciencia auxiliar, contribuyendo exclusivamente con cartografía electoral temática.

A pesar de lo anterior —como veremos en el siguiente apartado—, la geografía electoral ha avanzado consistentemente, a nivel teórico y metodológico, intentando reposicionar al espacio geográfico (desigual y humanizado) como variable explicativa del comportamiento electoral. Esto nos lleva a plantear que la geografía electoral debe reconocerse como un sistemático enfoque de análisis dentro de los estudios electorales.

3. La geografía: espacio, sociedad y elecciones como enfoque del comportamiento electoral

La geografía electoral estudia la relación entre el espacio, la sociedad y las elecciones, reflexionando acerca de la injerencia del territorio — como espacio humanizado— en las decisiones electorales de los sujetos y comunidades. Uno de sus propósitos es explicar la distribución espacial de los resultados electorales y su relación con el medio y la sociedad. Adicionalmente, la geografía electoral atiende una serie de aspectos, como lo señala el Diccionario Electoral del Instituto Interamericano de Derechos Humanos (IDH-CAPEL):

El objetivo de la Geografía Electoral se expresa en dos intenciones: una relativa al fortalecimiento y modernización del *sistema electoral* y por tanto de alcance administrativo y otra relacionada con la información cruzada, tanto para el *elector* como para los agentes electorales, orientándolos en la ubicación geográfica de las localidades, su forma de acceso, concentración o dispersión poblacional, tipo de comunicaciones, transporte, tipo y estado de conservación caminera, distancias, paso de ríos, profundidad, factores ambientales (temperatura, humedad), registro de servicios asistenciales y de los no personales y de modo contingente ubicación de asientos y centros de votación. (IDH, 2005: s/p)

Desde estos objetivos la geografía electoral estableció conexiones con los enfoques psicológico, sociológico y politológico, lo que le permitió desarrollar -en los marcos de la interdisciplinariedad- un nuevo enfoque para analizar comportamiento electoral.

a. Antecedentes del enfoque geográfico del comportamiento electoral

La geografía electoral es una ciencia fundamentalmente interdisciplinaria

con capacidad para dialogar con las ciencias políticas y sociales⁶. Lo cual, siguiendo las propuestas de Harvey (2007), apunta a la reconstrucción de las sistematizaciones del conocimiento geográfico, trascendiendo el *excepcionalísimo* que presenta a los fenómenos fragmentados y no relacionados. Por ende, el enfoque geográfico permite construir una visión más amplia del *espacio de las elecciones*, como unidad teórica y metodológica que permita comprender el papel de la geografía en el conocimiento de los hechos electorales. En este punto es pertinente preguntarse ¿Por qué el espacio geográfico es una dimensión explicativa del comportamiento electoral? Esto se debe a que el territorio vincula en una unidad de análisis a factores sociales, económicos, culturales, electorales, etc. Esta es una conexión que asume que el espacio es una construcción social y relacional definida por la experiencia histórica. Al respecto, Milton Santos (1986) advierte de la complejidad del espacio como lugar de observación de la sociedad:

El propio concepto de espacio, tal como nosotros lo hemos propuesto en otros lugares (Santos, 1978 y 1979), parece ser una de las fuentes de duda más frecuentes entre los estudiosos del tema. Entre las cuestiones paralelas a la discusión principal surgen muy frecuentemente algunas que podríamos resumir del siguiente modo: ¿qué caracteriza, particularmente, el estudio de la sociedad a través de la categoría espacio? ¿Cómo considerar, en la teoría y en la práctica, los ingredientes sociales y «naturales» que componen el espacio para describirlo, definirlo, interpretarlo y, finalmente, encontrar lo espacial? ¿Qué caracteriza el análisis del espacio? ¿Cómo pasar del sistema productivo al espacio? ¿Cómo abordar el problema de la periodización, de la difusión de las variables y el significado de las «localizaciones»? (Santos, 1986, s/p)

La importancia del espacio en los estudios electorales no es nueva, ya que a inicios del siglo XX desde la llamada “escuela francesa” se desarrollaron los primeros trabajos de geografía electoral. De esta forma, este grupo constituye los antecedentes y las bases del enfoque geográfico del comportamiento electoral.

La geografía electoral francesa ha realizado importantes aportes, integrando aspectos de la realidad social y el espacio geográfico (la etnia, la religión, el género, la cultura y la migración) a los estudios del comportamiento electoral. En este marco destacan los tempranos trabajos de André Siegfried (1913) —autor fundacional de la geografía electoral—

6 De esta manera, se articulaba en sus comienzos la geografía a los problemas políticos. Por ejemplo con la geografía de Vidal de la Blanche en Francia y los estudios del problema de la unidad nacional o en Alemania con Von Thüne y las investigaciones acerca de la dispersión territorial de la industrialización.

quien incursionó en los estudios estadísticos de votaciones, señalando la presencia de un voto para la izquierda entre sectores sociales y espacios territoriales determinados. Al respecto, destacan en la primera mitad del siglo XX los trabajos de Goguel (1953) y Duverger (1996), quienes utilizan la geografía electoral para identificar la localización de los partidos en ciertas regiones. A su vez, se preguntan cómo estos procesos de regionalización de las preferencias electorales expresan tensiones y líneas divisorias de las sociedades, ejemplo de ello es el enfrentamiento entre el Estado y la Iglesia o las tensiones históricas entre la burguesía y el proletariado. A partir de estos estudios, la geografía electoral permitió describir la configuración política del territorio, como un primer paso que condujo de la ilustración a la explicación de los apoyos que recibían los partidos en determinadas zonas. En estos inicios el enfoque geográfico sostenía que añadiendo las dimensiones de espacio, clase, educación, etnia y salario a un patrón de comportamiento electoral estable en el tiempo, se pueden sostener marcos sistemáticos de conductas políticas. Fue así, como Goguel se cuenta entre los primeros en localizar y explicar la relación electoral-territorial entre el Partido Comunista (PC) y los mineros en Francia (Goguel, 1953). El enfoque geográfico francés representó el primer intento por vincular sociedad, espacio y elecciones en un modelo explicativo que entrelazó interdisciplinariamente a la sociología y a la geografía hasta mediados del siglo XX. Posteriormente surgió el enfoque politológico; y su consolidación como paradigma —desde la llamada *falacia ecológica*— desplazó a la sociología y a la geografía en los estudios del comportamiento electoral, de allí que en la actualidad no se reconozca como tal al enfoque geográfico.

En los últimos años la geografía electoral, aunque alejada de la sociología electoral y cercana a la ciencia política, ha tenido un auge con la incorporación de nuevas metodologías como el análisis geoespacial o geoestadístico (Terrón y Soares, 2008; Vilalta, 2006, 2007, 2008), lo que ha revalorado la importancia de las relaciones espaciales y las macro y microrregiones en la investigación del comportamiento electoral.

b. La geografía como enfoque del comportamiento electoral

El enfoque geográfico sostiene que el espacio es fundamental como lugar de expresión diferenciada de las estructuras sociales y económicas, lo que se manifiesta en culturas políticas diversas que explican las preferencias. Dos aspectos justifican a la geografía como enfoque del comportamiento

electoral: el primero, es la capacidad explicativa que tiene el espacio (territorio) de la política y las elecciones, tanto a nivel teórico como metodológico; Y, el segundo, es que existe un importante flujo de investigaciones e instancias académicas que han recuperado este enfoque para estudiar lo electoral desde la dimensión espacial del fenómeno. A nivel internacional y en México los recientes estudios de geografía electoral muestran como esta disciplina se ha constituido en un enfoque del comportamiento electoral (Díaz, Magaloni, et al, 2012; Cadena y Campos, 2012; Lizama, 2012; Alberro y Suarez, 2011; Terrón y Soares, 2008; Vilalta, 2008).

Un argumento central de la geografía electoral actual —que aumenta su capacidad explicativa de los procesos electorales y su importancia como enfoque de estudio— es la generación de información y análisis en escalas globales y locales, lo cual no sólo tiene una expresión metodológica sino también epistémica. Esto es posible debido a que la geografía, como ninguna otra disciplina, representa al espacio como objeto de estudio en diversos e integrados niveles de análisis. A nivel metodológico la escala geográfica de representación permite —sin cambiar radicalmente de metodológica o de enfoques teóricos— una mayor movilidad respecto a lo observado. Cuestión que desde las ciencias sociales y políticas no ha sido resuelta, debido a que el lugar de observación local o global se entrecruza por una red particular de enfoques teóricos y metodológicos que según la escala de observación tendieron a fragmentar los niveles de observación, sin una integración conceptual entre ellos. Esta capacidad de la geografía de interactuar en distintos niveles de análisis (estatal, distrital, municipal y seccional) es un aporte fundamental en los estudios del comportamiento electoral. De lo anterior, se deriva que el problema de las escalas (niveles de análisis) no sólo tiene sus implicancias a nivel metodológico, sino que es sustancial al debate teórico de la nueva geografía electoral.

En México desde 1988 producto de una transformación en la geografía electoral —a partir del incipiente pluralismo político—, se comienzan a observar los primeros estudios que consideran la espacialidad en el comportamiento electoral. Desde entonces, la geografía electoral en México desarrolló entre sus primeros temas: la organización territorial de las elecciones, la distribución espacial de los votos, la regionalización del apoyo a los partidos, entre otros. Entre los precursores de la geografía electoral mexicana destacan los trabajos de Reyna (1967), Emerich (1993), Preciado (1988), Gómez Tagle (1990), Molinar (1990), entre otros. El principal aporte de esta primera etapa de la geografía electoral fue investigar

la distribución y localización de las fuerzas políticas, demostrando a nivel espacial los avances de la alternancia en el poder y del pluralismo. Este análisis permitió identificar los avances de la transición democrática y los cambios en las preferencias electorales de los ciudadanos. En donde los cambios políticos en el territorio (estados y municipios) fue un indicador de los avances de la democratización en México.

De esta manera, la geografía electoral mexicana surgió ante la necesidad de explicar la distribución espacial del poder en la nueva democracia y especialmente a partir de la alternancia en el poder federal. Los actuales estudios de geografía electoral respondieron a esta necesidad con nuevos marcos teóricos y novedosos enfoques metodológicos —como el análisis exploratorio de datos espaciales— que vinculan los resultados electorales georeferenciados con las características económicas y sociales del espacio geográfico. Los trabajos más recientes en este ámbito son los realizados por Lizama (2012), Sonnleitner (2007), Gómez Tagle (2009, 2000), Palacios (2005) y especialmente Vilalta (2008, 2007, 2006) este último introduce el análisis geoestadístico en la geografía electoral mexicana. Estas investigaciones resaltan que el enfoque geográfico permite generar información socioespacial para caracterizar determinados territorios y analizar la influencia del mismo en el comportamiento electoral.

Un aspecto que ha permitido revalorar los aportes de la geografía en el análisis del comportamiento electoral es el desarrollo y la masificación de los Sistemas de Información Geográfica (SIG) como herramienta de investigación. A esto se le suman las posibilidades de conseguir datos electorales y geográficos de calidad como los que dispone el INE y el INEGI. Una muestra de lo anterior, lo constituye la creación del SIG: *Estadísticas Censales a Escalas Geoelectorales* (IFE-INEGI, 2005, 2010). El cual cuenta con un gran potencial para la investigación, debido a que en una misma base de datos desagregada a nivel seccional, se concentran cifras electorales y datos socioeconómicos de los últimos censos. Esto abre importantes posibilidades para el análisis geográfico electoral.

Finalmente, un aspecto central en la constitución de la geografía electoral como enfoque de estudio, lo representan los nuevos esfuerzos institucionales que se han realizado en un contexto de creciente trabajo y revaloración de la perspectiva espacial en el análisis electoral. En donde destacan los aportes realizados en el marco del *Coloquio Internacional de Geografía Electoral* organizado en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). De igual manera, a nivel latinoamericano presenciamos

un creciente interés por la geografía electoral, muestra de ello es la constitución del grupo de *Análisis Espacial en América Latina* dirigido por Sonia Terrón y Glaucio Soares (2008) al alero del *Congreso de la Asociación Latinoamericana de Ciencias Políticas* (ALACIP). Este grupo de investigación, en un contexto multidisciplinario, ha propuesto que el análisis espacial electoral busca establecer un dialogo entre geografía y ciencias políticas. De esta forma, la nueva orientación de la geografía electoral valora al espacio en sí mismo y la influencia que ejerce sobre las conductas políticas, con ello se constituye como un nuevo enfoque para estudiar el comportamiento electoral.

Conclusiones

Los distintos enfoques del comportamiento electoral, ya sea politológico, sociológico, psicológico y geográfico, se han planteado una pregunta central: ¿Por qué los sujetos o comunidades prefieren votar por uno u otro candidato o partido? En los últimos años, desde la dimensión espacial se ha contribuido consistentemente para contestar esta interrogante, por ende hemos propuesto que la geografía electoral se debe integrar como uno de los enfoques que estudian el comportamiento electoral.

En las últimas décadas los estudios que intentan explicar el comportamiento electoral han sido hegemonizados por las ciencias políticas y la economía. Un proceso no casual, sino que responde al despliegue de un nuevo paradigma sustentado en la individualidad y la racionalidad de los sujetos cuando se ven enfrentados a una decisión electoral. El argumento teórico de la racionalidad se ha hecho acompañar —como es lógico— de una razón metodológica, justificada en una causalidad individual. En este marco se elaboró la tesis de la *falacia ecológica*, la cual considera que es un error metodológico realizar inferencias sobre los individuos a partir de datos estadísticos agregados (geográficos). Por ello, desde los años 60 observamos en la literatura del comportamiento electoral un aumento considerable en el trabajo a nivel individual, por medio de encuestas de opinión y un desmedro por el análisis en unidades espaciales (nacionales, estatales, municipales, etc.), desconociendo el papel explicativo que tiene el territorio (espacio) de los fenómenos electorales. Esto implicó un giro epistemológico que se dio al abandonar a la sociedad y al espacio como lugar de observación y factor explicativo de las elecciones. Lo anterior provocó que la geografía fuese vista como técnica auxiliar para la organización y el funcionamiento de los procesos electorales, cuyo aporte estaba dado principalmente por la elaboración de cartografía descriptiva sin capacidad explicativa de las cuestiones políticas. Esto llevó a que la geografía electoral no fuese considerada como un enfoque de estudio del comportamiento, como si sucedió con los enfoques politológico, psicológico y sociológico.

El enfoque geográfico sustancialmente plantea que la síntesis entre territorio, sociedad y elecciones es un lugar de observación explicativo del comportamiento electoral. Este enfoque aporta —en el marco de la interdisciplinariedad— preceptos básicos del método geográfico como son: la localización, la distribución, la extensión, la relación y la regionalización de los fenómenos. Asimismo, por un lado, la geografía electoral se ha

hecho cargo de delimitar el espacio de la democracia, por ejemplo con la nueva distritación en México a partir de la proporcionalidad poblacional y la pertenencia étnica, creando distritos de usos y costumbres que incorporaron la identidad cultural del territorio como un elemento para la definición del espacio político. Por otra parte, la geografía electoral se ha centrado en problemas empíricos, con el objetivo de garantizar la representación ciudadana y facilitar la organización de las elecciones. Además, la geografía electoral ha demostrado tener un potencial explicativo a partir de nuevas técnicas de investigación como el Análisis Exploratorio de Datos Espaciales. A ello se le suma el potencial de los sistemas de información geográfica y la geoestadística para fortalecer a nivel metodológico el análisis electoral.

La reciente literatura en materia de geografía electoral ha demostrado la utilidad del análisis espacial para medir y analizar los patrones geográficos que subyacen a los fenómenos políticos, generando información importante para conocer el comportamiento electoral (Lizama, 2012; Alberro y Suarez, 2011; Vilalta, 2007, 2006; Sonnleitner, 2007). Asimismo, estos estudios plantean la necesidad de incorporar al espacio como una variable (explicativa) fundamental del análisis electoral, asumiendo que este último es un fenómeno complejo que debe ser atendido por múltiples enfoques teóricos y metodológicos. En síntesis, estamos ante la presencia de una nueva geografía electoral que ha recuperado la relación entre espacio, sociedad y elecciones como argumento teórico constituyente del enfoque geográfico, lo cual impactará ampliando las perspectivas de los estudios electorales.

De esta manera, la geografía electoral atiende la influencia del territorio en las preferencias políticas. Este planteamiento implica dejar de pensar al espacio geográfico como factor descriptivo contextual, para ubicar al territorio como constituyente de decisiones y relaciones que influyen y explican las preferencias electorales. Lo que en los últimos años ha significado que la geografía electoral empiece a ser reconocida como un enfoque de estudio del comportamiento electoral.

Bibliografía

Beltrán, Ulises. “Venciendo la incertidumbre: el voto retrospectivo en la elección presidencial de julio de 2000”. *Política y gobierno* X (2), II semestre 2003: 325-358.

Berelson, Bernard, Paul Lazarsfeld y McPhee William. *Voting*. Chicago: University of Chicago Press. 1950.

Bobbio, Norberto. *Liberalismo y democracia*. México: Fondo de Cultura Económica. 1989.

Cadena, Edel, y Juan Campos. “Vulnerabilidad social y comportamiento electoral”. *Papeles de Población* 71 (18) 2012: 143-185.

Campbell, Angus, Gerold Gurin y Warren Miller. *The Voter Decide*. Michigan: Survey Research Center – University of Michigan. 1954.

Campbell, Angus, Philip Converse, Warren Miller y Donald Stokes. *The American Voter*. Chicago: University of Chicago Press. 1960.

Castillo, Jaime. “Familia y socialización política. La transmisión de orientaciones ideológicas en el seno de la familia española”. *REIS Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (92) 2000: 71-92.

Colomer, Joseph. *Cómo votamos*. Barcelona: Gedisa. 2004.

Cox, Gary. *La coordinación estratégica de los sistemas electorales en el mundo*. Barcelona: Gedisa. 2004.

Dahl, Robert. *Poliarquía: participación y oposición*. México: Red Editorial Iberoamericana. 1993.

Díaz, Alberto, Beatriz Magaloni, Edgar Franco, y Jorge Olarte. *La geografía electoral de 2012*. México D.F.: Center for U.S.-Mexican Studies, México Evalúa y Program on Poverty and Governance. 2012.

Downs, Anthony. “Teoría económica de la acción política en una democracia”. En *Diez textos básicos de ciencia política*, compilado por Albert Batlle. Barcelona: Ariel. 2001.

Downs, Anthony. *Teoría económica de la democracia*. Madrid: Aguilar. 1973.

Duverger, Maurice. "Influencia de los sistemas electorales en la vida política". En *Diez textos básicos de ciencia política*, compilado por Albert Batlle. Barcelona: Ariel. 1992.

Duverger, Maurice. *Los partidos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica. 1996.

Emmerich, Gustavo (coord.). *Votos y mapas. Estudios de geografía electoral en México*. México: UAEM. 1993.

Fiorina, Morris. *Retrospective voting in American national elections*. New Haven: University Yale. 1981.

Goguel, Françoise. "Géographie des élections sociales de 1950-1951". *Revue française de science politique* 3 (2). 1953.

Gómez Tagle, Silvia. ¿Cuántos votos necesita la democracia? La participación electoral en México 1961-2006. México: Instituto Federal Electoral. 2009.

Gómez Tagle, Silvia y María Valdés (coord.). *La geografía del poder y las elecciones en México*. México: Instituto Federal Electoral y Plaza Valdés. 2000.

Gómez Tagle, Silvia. *Las estadísticas electorales de la reforma política*. México: Cuadernos del CES, El Colegio de México. 1990.

Harvey, David. *Espacios del Capital: hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal. 2007.

Instituto Interamericano de Derechos Humanos (IDH-CAPEL). *Diccionario Electoral*. Disponible en: <http://www.iidh.ed.cr/comunidades/redelectoral/docs/red_diccionario/geografia%20electoral.htm>. 2005.

Lijphart, Arend. "Modelos de democracia, formas de gobierno y resultados en treinta y seis países". En *Diez textos básicos de ciencia política*, compilado por Albert Batlle. Barcelona: Ariel. 2000.

Lipset, Seymour y Stein Rokkan. "Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales". En *Diez textos básicos de ciencia política*, compilado por Albert Batlle. Barcelona: Ariel. 1992.

Lipset, Seymour. *El hombre político, las bases sociales de la política*. Madrid: Tecnos. 1959.

Lizama, Guillermo. “Geografía electoral del abstencionismo en los municipios de México (1994 y 2009)”. *Espacialidades* 2 (2) 2012: 22-61.

López, Miguel. “Conducta electoral y estratos económicos: el voto de los sectores populares en Chile”. *Política* 43 (primavera) 2004: 285-298.

Molinar, Horcasitas. “Geografía electoral”. En Martínez C., *Balances y perspectivas de los estudios regionales en México*. México: UNAM-Porrúa. 1990.

Nohlen, Dieter. “La participación electoral como objeto de estudio”. *Electoral* (3) 2004:137-157.

Nohlen, Dieter. *Sistemas electorales y partidos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica. 1995.

Palacios, Celia. *Sistema de estadísticas censales a escalas geoelectorales [2005]*. México: Instituto Federal Electoral e Instituto Nacional de Estadística y Geografía. 2005.

Paramio, Ludolfo. “Clase y voto: intereses, identidades y preferencias”. *REIS Revista española de investigaciones sociológicas* (90) 2000: 79-94.

Perschard, Jacqueline. “Comportamiento Electoral”. En Baca Laura, et al, *El léxico de la política*. México: Fondo de Cultura Económica. 2000.

Preciado, Jaime. “*Geografía Electoral de Jalisco*”. *Cuadernos de difusión científica* (13) 1988: 1-26.

Ramos, Rogelio. “Oposición y abstencionismo en las elecciones presidenciales, 1964-1982”. En González Casanova, Pablo (Coord.). *Las elecciones en México. Evolución y perspectivas*. México: Siglo. XXI. 1985.

Reyna, José. “Desarrollo económico, distribución del poder y participación Política: el caso mexicano”. *Revista de Ciencias Políticas y Sociales* (14) 1967: 71-93.

Riker, William y Peter Ordeshook. “A Theory of the Calculus of Voting”. *American Political Science Review* 62 (1) 1968: 25-42.

Rokkan, Stein. *Citizens, election and parties. Approaches to the comparative studies of the process of development*. New York: Mckay y co. 1970.

Rosanvallon, Pierre. *El pueblo inalcanzable, historia de la representación democrática en Francia*. México: Instituto Mora. 2004.

Santos, Milton. “Espacio y Método”. *Geocritica* XII (65) (Septiembre) 1986: S/P.

Sapiro, Virginia. “Not your parents, political socialization: Introduction for a new generation”. *Annual Review of Political Science* 7 (1) 2004: 1-23.

Sartori, Giovanni. *La democracia en treinta lecciones*. Madrid: Taurus. 2009.

Schumpeter, Joseph. *Capitalismo, Socialismo y democracia*. Barcelona: Orbis. 1983.

Siegfried, André. *Tableau politique de la France de l'Ouest sous la IIIe République*. Paris: Armand Colin. 1913.

Soares, Gláucio, Ary Dillon y Terron, Sonia. “Dois Lulas: A Geografia Eleitoral da Reeleição (Explorando Conceitos, Métodos e Técnicas de Análise Geoespacial)”. *Opinião Pública* 14 (2) 2008: 269-301.

Sonnleitner, Willibald. “Participación electoral y desarrollo humano: apuntes metodológicos para el análisis territorial y multidimensional del voto en México y Centroamérica”. *Estudios Sociológicos* XXV (3) 2007: 813-835.

Suarez, Manuel e Irina Alberro. “Analyzing partisanship in Central México: A geographical approach”. *Electoral Studies: Special Symposium: Electoral Democracy in the European Union* 30 (1) 2011: 136-147.

Ventura, Raphael. “Family political socialization in multy party systems”. *Comparative Political Studies* 34 (6) 2001: 666-691.

Vilalta, Carlos. “¿Se pueden predecir geográficamente los resultados electorales? Una aplicación del análisis de clústers y outliers espaciales”. *Estudios Demográficos y Urbanos* 23 (3) (septiembre-diciembre) 2008: 571-613.

Vilalta, Carlos. “El voto de oposición al segundo piso del periférico. Una contribución empírica sobre su geografía y posibles mecanismos causales”. *Gestión y Política Pública* XVI (2) 2007: 381-420.

Vilalta, Carlos. “Sobre la espacialidad de los procesos electorales y una comparación entre las técnicas de regresión OLS y SAM”. *Estudios Demográficos y Urbanos* 21 (1) (enero-abril) 2006: 83-122.

